

## CRÓNICA DEL VIAJE A LUCENA

15/12/2018

Aunque la mayoría de los viajeros conocíamos la ciudad de Lucena, incluso la Asociación había organizado más de un viaje para visitarla, no por eso nuestra excursión de hoy carecía de interés. Así que emprendimos viaje en una luminosa mañana que dadas las fechas se presentaba algo fresca pero sin viento, apacible y lo cierto es que al sol se estaba estupendamente. Todos teníamos idea de la ubicación de nuestro destino en el centro de Andalucía, en plena comarca de la Subbética. Conforme nos íbamos acercando iba cambiando el paisaje que se iba llenando de viñedos y olivares, sobretodo olivares.

Como siempre nuestro Presidente nos fue ilustrando sobre el rico patrimonio histórico y artístico con que cuenta la ciudad, todo ello fruto de su impresionante pasado judío, árabe y cristiano.

La primera visita que llevamos a cabo fue a la necrópolis judía descubierta recientemente y sobre la que tiene mucho que decir nuestro Premio Juan Bernier Daniel Botella, tanto de su descubrimiento como de sus estudios posteriores. Previamente hay que decir que pocas comunidades judías establecidas en Al-Andalus, alcanzaron tan destacada fama como Lucena, conocida como la Perla de Sefarad, y cuyo esplendor cultural se puede comparar al que alcanzaron los círculos literarios hispano-hebreo de Córdoba y Granada durante el Califato y los reinos de Taifas. Todos los cronistas judíos o musulmanes anteriores al Renacimiento europeo, califican a Lucena “Ciudad de los Judíos” durante los siglos IX-XII. Así pues a nadie le sorprende que en 2006, con la construcción de la ronda de circunvalación de la ciudad apareciera un cementerio medieval que resultaría ser en realidad una necrópolis judía. Se descubrieron unas 350 tumbas en una superficie de 3700 metros cuadrados, adaptadas a la topografía del terreno y cuyos restos óseos se dataron correspondientes a un periodo altomedieval de entre los años 1000 y 1050, fechas coincidentes con la época de mayor esplendor de la Lucena judía. Hoy se nos presenta en un recinto cercado con unas ochenta fosas encintadas, todas orientadas hacia Jerusalén, y que por su singularidad ha puesto a Lucena en el foco de atención de muchas comunidades judías de todo el orbe. Cuenta con una fuente de purificación y con una serie de paneles ilustrativos sobre los rituales judíos desarrollados en torno a esta temática funeraria.

De allí nos trasladamos al Castillo del Moral, fortaleza militar construida en el siglo XI y que fue tomada por Fernando III en 1240. En su Torre del Homenaje estuvo encerrado durante algún tiempo el último rey de Granada Boabdil “El Chico”, tras ser capturado en la batalla del Arroyo de Martín González. Lo que más destaca de él es la torre del Moral, de planta octogonal y cubierta por una bóveda de ladrillo ochavada del siglo XVIII. Hoy alberga el Museo Arqueológico y Etnológico de Lucena.

Como está situado en el centro de la ciudad, en la Plaza del Coso, nos acercamos andando a la Plaza Mayor donde se ubica la Iglesia de San Mateo, templo de gran tamaño, considerado como la catedral de la Subbética y que responde a los cánones artísticos gótico-mudéjares y renacentistas. Ocupando un lugar en el que antes hubo una sinagoga y después una mezquita, la iglesia actual empezó a construirse a finales del siglo XV y si majestuosa es su fachada de claras influencias clásicas, el interior

impresiona con sus tres naves con grandes pilares donde se apoyan arcos apuntados de inspiración mudéjar, todo ello convergiendo en un magnífico retablo manierista elaborado en su parte arquitectónica por Jerónimo Hernández y en su imaginería por Juan Bautista Vázquez “El Viejo”.

Pero lo que más destaca de esta iglesia es sin duda alguna, la capilla del Sagrario. Situada a la altura del segundo tramo de la nave de la Epístola, fue construida en la segunda mitad del siglo XVIII y constituye una de las joyas más representativas del barroco andaluz. De planta octogonal, se accede a ella a través de una magistral portada de jaspe negro, rojo y blanco para encontrarnos con un grandioso tabernáculo central de madera levantado sobre cuatro pequeños altares y que acoge una imagen de la Inmaculada Concepción, rodeado por cuatro robustos machones, que a modo de grandes pilastras con hornacinas sustentan cuatro pechinas de amplia base que a su vez sostienen el tambor perforado por ventanas y coronado por la cúpula. Pero lo que realmente fascina es la decoración de este espacio, repleto de símbolos eucarísticos, doctores de la Iglesia, santos relacionados con la devoción al Santísimo Sacramento, elementos ornamentales de carácter vegetal o geométrico que surgen en una espesa red de yeserías que se elevan hasta la cúpula donde se concentra el mayor abigarramiento de motivos.

Abandonamos el templo y nos dirigimos paseando por la calle de San Pedro a otra edificación representativa del barroco lucentino: El Palacio de los Condes de Santa Ana. De camino tuvimos que hacer un alto en el llamado Llanete de San Agustín para admirar, aunque solo exteriormente, la impresionante Iglesia de San Martín, otra joya barroca de los siglos XVII y XVIII y frente a su magnífica portada, sobre un pedestal de mármol rojo encontramos una gran imagen en bronce de la Inmaculada Concepción.

El Palacio de los Condes de Santa Ana data de la primera mitad del siglo XVIII. Su elegante portada de orden corintio, de dos cuerpos y realizada en mármoles policromos y en la que destacan las dos soberbias columnas que enmarcan la puerta y sobre ella el escudo de armas de los Mora y Saavedra, nos da la bienvenida y nos permite el acceso a su interior, en el que lo primero que nos llama la atención es a la derecha, una bellísima escalera compuesta de tres tramos de peldaños enriquecidos con mármoles, azulejos y barandales de bronce. Todo el conjunto se cubre con una bóveda decorada con aparatosas yeserías que nos hacen pensar en un estilo rococó. Pero lo más interesante del edificio quizás sea su segundo patio porticado, de planta cuadrada, de composición estilística poco convencional y presidido en su centro por una magnífica fuente de mármol de Macael. Hoy el edificio alberga el Centro de Interpretación de la Ciudad, contando con diversas salas donde además de la Oficina de turismo se ubican escudos, fósiles, cerámicas, orfebrerías,... todo debidamente ordenado y expuesto para disfrute del visitante.

En la misma calle, Lucena cuenta con otro singular edificio: La Casa de los Mora, antiguo convento dominico del siglo XVI, de fachada sencilla que nos sorprende en su interior con un espléndido patio manierista porticado con arcos de medio punto y columnas sobre basamento de pedestal. Cuenta en su centro con una fuente que al estar rodeada de un jardín y de grandes palmeras, confiere al recinto un envidiable ambiente de serenidad y paz. El resto del edificio está diseñado de manera versátil para diversos usos funcionales, entre los que destaca un espacio dedicado a la “escuela” que suscitó un gran interés entre nosotros, especialmente por los recuerdos que evocaba, entre los más mayores y otro dedicado al “bronce”, industria muy arraigada en Lucena.

La mañana no dio para más, nos trasladamos al Hotel Los Broces, donde en su restaurante nos esperaba un suculento almuerzo que nos permitió un agradecido tiempo de relax y de conversación con los amigos.

De nuevo en el bus iniciamos el ascenso a la vecina Sierra de Aras y a seis kilómetros aproximadamente, en la cima, encontramos el Santuario de María Santísima de Araceli, otra obra más del barroco que encontramos en el entorno de esta ciudad. El paisaje que contemplamos nos deja absortos, tierras de cinco provincias y en días claros hasta treinta pueblos pueden divisarse desde este enclave privilegiado. Sobre este horizonte se recortan tres cruces, como final del Vía Crucis que ha venido bordeando todo nuestro camino de subida y una colosal estatua del Corazón de Jesús que nos acoge con los brazos abiertos.

Una escalinata da acceso al templo que consta de sencilla fachada con tres arcadas de medio punto y cierres de forja. Aunque se construye a principios del siglo XVII, sufre importantes reformas en el siglo siguiente que le confieren el aspecto actual. A la izquierda del atrio se encuentra una espadaña también de esta misma época. La Iglesia tiene planta basilical de tres naves con cuatro intercolumnios y crucero inscrito. Arcos de medio punto apoyados en columnas dóricas de jaspe separan la nave central, de mayor altura, de las laterales. Las cubiertas están formadas por bóvedas de cañón, encontrándose decorada la central en azul, blanco y dorado, con motivos florales y angelotes barrocos. Sobrecoge la espectacular decoración de la cúpula del crucero, de media naranja sobre pechinas. La decoración se extiende hasta la bóveda del presbiterio presentando profusa ornamentación de yeserías entalladas con símbolos marianos, angelotes y motivos vegetales, estando algunos decorados en azules, rojos y dorados. Bajando la vista nos encontramos con el retablo mayor, de madera tallada, dorada y policromada. Sustentado sobre asiento de mármol rojo, presenta cuatro columnas salomónicas decoradas con pámpanos y racimos estando adelantadas las de los lados aportando profundidad, más al centro otros dos pares de columnas salomónicas, igualmente decoradas pero más pequeñas, sostienen el arco de medio punto de la embocadura que permite la visión de la Virgen en su camarín. Ordenadamente fuimos subiendo a este camarín donde tuvimos ocasión de contemplar de cerca el rostro de la Patrona de Lucena y como bien dicen por allí, del Campo Andaluz.

Aquí pusimos punto y final a nuestra visita, ya de noche, en esta época del año los días son muy cortos, emprendimos el regreso a Córdoba pensando en los próximos viajes que ya llevaríamos a cabo en 2019.